

SEGUNDA PLANA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

Catulo y el corazón del hombre

HAY CIERTO tipo de lectores que esperan que un escritor emplee siempre en sus creaciones frases y palabras delicadas, dignas, normales, en vez de términos vulgares y groseros; y esperan también que el tema de sus composiciones sea noble y ejemplar. Pero existen artistas de la palabra que vulneran expresamente esa *normalidad*, pues no creen que existan ni palabras, ni lenguaje, ni tema que sean expresamente literarios, poéticos, sino que afirman que todo puede ser materia de poesía, desde la palabra catalogada como soez hasta la expresión malsonante, siempre que estén tratadas, eso sí, con maestría y artificio, y en un contexto apropiado. Eso se refiere, claro está, a los verdaderos creadores, a escrituras de la talla de Cervantes o de Quevedo. Porque un mediocre o mal literato nada conseguirá llenando sus creaciones de palabras y frases procaces, así, sin más.

Catulo es un caso paradigmático de escritor que sabe convertir en belleza todo cuanto toca, aunque para ello tenga que usar palabras y frases licenciosas, impúdicas o deshonestas. Catulo no se limitó a cantar únicamente los ambientes distinguidos y cultos de Roma, que conocía muy bien, puesto que los frecuentó; se dedicó también a poetizar temas que le sugerían los ambientes y expresiones populares que eran comunes en tabernas y tugurios romanos, que conocía muy bien. Y esto le ocurre a su poesía porque Catulo sabía que tanto en ambientes considerados distinguidos como en los lugares más canallas, late siempre el corazón del hombre, con toda su riqueza y vitalidad, y que es artista el que hace emocionar a los demás con la perfección de su obra, empleando cualquier clase de materiales, que su arte ennoblece, como le ocurre a un pintor o a un escultor.

En la reducida y deslumbrante obra de Catulo se pueden hallar poemas aparentemente vulgares y hasta groseros; pero sólo aparentemente, ya que el texto es siempre bello. Catulo creía, y así lo escribió, que un hombre de letras debía ser un hombre que llevase una vida correcta, normal, como la de los demás hombres, pero que esta normalidad no era necesaria, ni mucho menos, que se reflejara en sus escritos, en sus poemas.

Catulo frecuentaba con la misma avidez lugares muy contrapuestos: desde reuniones de personajes de la aristocracia y de la política hasta el entorno plebeyo de los bajos fondos: en cada hombre encontraba un mundo. Conoció a gentes que se daban a la gula, al robo, a la avaricia y a la iniquidad; pero también encontró gente bondadosa, caritativa, generosa y amable.

Sobre estos últimos no se encontrarán en sus poemas sino elogios y bellas expresiones. Pero contra los perversos, individualizados y no en su conjunto, cae su látigo, su ironía y su invectiva. No juzgaba ni emitía juicios de valor sobre una sociedad que era la suya, sino contra hombres y mujeres concretos.

No le interesó la vida política, con sus trampas y sus recovecos, con sus miserias y con su grandeza. Como buen seguidor de Epicuro, prefirió cantar a los hombres y mujeres de su época, tocando sólo a veces, de refilón, a algún personaje público, y siempre para ridiculizarlo. Su epicureísmo no

fue lineal, ortodoxo, pues muchas veces se salía de sus normas. Catulo no fue en todo un hombre medido: su amor por Lesbia llegó a ser casi delirante, lleno de expresiones pasionales y de durísimos reproches. Realidad afectiva, vivida o inventada, los poemas de amor de Catulo expresan siempre un apasionamiento conmovedor.

Así, entre un léxico que es exquisito y otro que roza la grosería, entre el amor más efusivo y entre la sátira más cruel, está encerrado el riquísimo mundo poético que dejó Catulo.

De su obra sólo han llegado hasta nosotros ciento dieciseis poemas. No se sabe si escribió más: si así fue, se perdieron irreparablemente.

Pocos poemas son para conocer su vida y su entorno, ya que lo que se sabe de él está sacado de su obra. Pero su temperamento, su personalidad, se perciben nítidos en sus poemas: carácter apasionado, desmedido en sus amores y en sus odios, incansable en la búsqueda de la felicidad, despectivo con los cargos públicos, tornadizo en sus aficiones. Era un hombre que tuvo la fortuna de nacer y de ser educado en un ambiente acomodado y culto. Conocía perfectamente las literaturas griega y latina, que aprendió sobre todo de Valerio Catón.

Cuando tomó la toga viril dejó su casa natal de Verona, capital de la Galia Cisalpina, y marchó a Roma. Allí hizo amistad con hombres cultos, como Cornelio Nepote, Licinio Calvo y Cicerón. Su introducción en los cenáculos de la intelectualidad romana se debió tanto a pertenecer él a la influyente familia Valeria cuanto a su brillante inteligencia y su buen oficio de escritor. Un oficio que le hacía desechar la fácil y repentina inspiración y la peligrosa sensibilidad. Toda su obra muestra una incansable labor de perfeccionamiento, de pulimiento de cada verso, de cada poema.

Composiciones intimistas, amorosas y elegíacas, epitalamios y epigramas. Cada poema recibe un adecuado y feliz tratamiento. Canta la muerte de un pájaro, propiedad de su amada Lesbia, diciéndole al pequeño cuerpo sin vida: "Ahora mi amiga, a causa de tu ausencia, tiene los ojos ígneos, hinchados por las lágrimas".

Lesbia fue la única y gran pasión de su vida. El nombre de Lesbia era el seudónimo que empleó Catulo para escribir sobre Clodia, hermana de su amigo Clodio Pulcher, casada con Metelo Céler. La amó mucho, pese a las escandalosas infidelidades de ella, y la siguió cuando ella abandonó Roma acompañando a su marido. A ella escribió: "Jamás mujer alguna diría que la amaron/ como tú, Lesbia mía, fuiste amada por mí". Fue una mujer hermosa, disoluta, caprichosa y deseable, que llenó toda su vida.

El lado procax de alguno de los poemas de Catulo se escuda en la perfección de la forma y en la intención satírica. Así el poema XVI es una dura imprecación contra dos personajes de la sociedad que él frecuentaba, llamados Aurelio y Furio, que decían públicamente que los versos de Catulo eran desvergonzados. Y él se acoge a esa desvergüenza que le adjudican para espetarles: "Os daré por detrás y por la boca". Y repite su sentencia favorita: "Un poeta puede ser honesto en vida/ pero en su obra eso no hace falta". Claro, si los poemas son tan bellos como los de Cayo Valerio Catulo.